

EL ECO DE CARTAGENA.

Sábado 18 de Octubre de 1879.

LA INUNDACION DE MURCIA.

REGRESO DE LOS ESPEDICIONARIOS DE SOCORRO. EPISODIOS É INCIDENCIAS.

Ya tenemos entre nosotros á aquellos de nuestros paisanos que, á la primera insinuacion de la autoridad del puerto, con una abnegacion propia solamente de la caridad cristiana; con un desprendimiento absoluto de sí, mismos y de un desinterés inmensamente más grande que su pobreza, abandonando redes y barcas, sus padres, sus hermanos, sus esposas, y muchos de ellos hasta sus hijos; esos pedazos del alma que por nada ni por nadie se abandonan; sin otro equipo que el ordinario vestido del hombre de mar; sin provisiones, sin recursos de ninguna especie, corren presurosos al grito de sus hermanas que tienden sus brazos á Cartagena en demanda de auxilio, víctimas del devastador torrente que las cataratas del cielo vertieron en noche horrenda sobre la vecina vega; y veinte bravos marineros que aprendieron á arrostrar la muerte en las rudas campañas de los mares, los designados entre los muchos que pretendian formar en la expedicion, marchan por la via férrea con seis lanchas de auxilio en direccion al pueblo de Beniajan, limite hasta donde se habia extendido por esta parte la inundacion.

No fueron solos; con ellos salieron tambien otros varios de sus compañeros, de los no designados, deseados de compartir los peligros de tan arriesgada empresa.

Cincuenta y ocho horas han tenido á sus familias, y á los que hemos admirado su abnegacion, presa de horrible angustia, aumentada por las siniestras noticias que indiscretamente se hicieron correr por esta ciudad, sobre la suerte de algunos de ellos, que despues de todo pudo muy bien haberles alcanzado; pero la Providencia ha velado por ellos, y nuestra satisfaccion por ello es más completa. Nuestras más sinceras y felicitaciones para todos. ¡Bien hayan los que así saben sacrificarse por sus semejantes!

Contristan dolorosamente las narraciones de los episodios que les hemos oido referir; sus privaciones, los peligros que han arrostrado, peligros y privaciones que confiesan haber llevado con dulce resignacion, por el placer de haber salvado innumerables seres, que desfallecidos, apenas si les quedaban alientos para sostenerse sobre los restos de sus moradas, arrolladas por las ondas; en sitios reducidos á lo que pueden

ocupar los piés; bien columpiándose en las ramas de levantadas arboledas.

Mencionaremos algunos de los más notables.

Sobre el camellon de una humilde barraca, caída y empotrada en el fango, se amparaban trabajosamente un hombre y un niño, como de catorce años, al parecer su hijo. El cabo de esta Comandancia de Marina Miguel Bas, que era el encargado de los espedicionarios llega con su lancha junto á la barraca, é intima á los dos á que desciendan. El hombre parece como que duda, y muestra cierta resistencia pasiva á verificarlo; su salvacion parecia serle indiferente. Y es que allí, junto á la choza, que tal vez sirviera de techo á sus amores, dejaba á la que fué la compañera de ellos, y pedia á su salvador llevase tambien consigo aquel cuerpo inanimado. El cabo Bas, salta de su lancha y con fango á la rodilla, escarbando descubre un pié humano, tira de él; pero sus primeros esfuerzos le dan á conocer lo inútil del intento para extraer el cadáver. El desolado viudo tuvo que resignarse á venirse solo á las riberas de Beniajan.

Tambien sobre una mota ó margen, cubierto casi raseramente por el agua, se encontraba en pié una robusta jóven, esperando ser arrebatada por las crecientes; pero de gran corazon y levantado ánimo, siguiendo las indicaciones del cabo Bas, abandona su violenta posicion; y con agua á la cintura, salvando trabajosamente sus piernas del fango que las aprisionaba, llega hasta su salvador que le pide á recibir en la misma forma, con inminente peligro de ambos, y cogiéndola éste por un brazo, logra arrastarla hasta su barca con la cual pudo arribar felizmente á la ribera.

El mismo cabo, cuenta de una familia salvada, que yacia en lo alto de una barraca, la cual manifestó ignoraba la suerte de la madre, que habia salido de ella poco antes de la inundacion.

El cabo Bas volvió en busca de la extraviada; y cual seria su asombro al verla venir flotando sobre unos zazos, y llevando una larga caña en sus manos; tal vez seria guardadora de pavos. La suerte hizo que aquel extraño batel viniera á tropezar y de tenerse al pié de su derruida barraca; y una vez sobre sus lares, todas las invitaciones del cabo Bas fueron inútiles para conseguir de aquella infeliz saltara á su barca. Sin duda habia perdido la razon con su fortuna. A las reconvenciones de su salvador contestaba que allí estaba bien y que le trajeran á sus hijos, que en su barraca tenian de todo y que no les faltaria que comer. El cabo Bas tuvo la paciencia de di-

rigirse á la ribera, al sitio en donde habia dejado á aquellos para darles cuenta de la resistencia de la madre en venir á unirse con ellos, y la contestacion de todos fué el deseo de volver á la barraca. Entónces volviendo proa hácia ella, requiere de nuevo á la pobre vieja, á que se embarque, pero en vano; últimamente hubo que saltar al sitio donde se hallaba, y á vuelta de algunos arañazos y mordiscos, arrancarla de allí por la fuerza y meterla en la embarcacion que la condujo á donde estaba la familia. Por el camino lo poco que habló, fué para recordar de sus animalitos.

Como muestra de la afliccion que á ellos tienen estos pobres gentes, refiérese tambien el siguiente caso, que no deja de ser original.

Cuenta el cabo Bas, que al pasar con su barca junto á una casa de elevada cámara, que es lo que en las del campo se destinan para granero y conserva de frutos secos, oyó algunas voces, como de personas que conversaban. Acercóse cuanto pudo á la puerta y llamó fuertemente con el mástil de un remo. Una voz que parecia salir de lo más interior de la casa, contestó al llamamiento. Entónces se entabló entre el marino y sus misteriosos interlocutores el siguiente diálogo:

- ¡Quién hay aquí!
- Estamos dos y mi yegua.
- ¿Dónde están ustedes.
- Aquí, en la cámara.
- Pero ¿no pueden bajar?
- Nó; responde siempre la misma voz.

La puerta que se habia abierto á los golpes del remo, dejaba ver lleno de pajá el vacío desde la superficie del agua á la techumbre de la primera cubierta.

—¿No tienen ahí algún palo, apercibido de labranza, ó cosa parecida.

—No señor; no tenemos más que los bancos y las tablas de la cama.

—Pues arriá V. uno, amarrado á esta sogá.

El intrépido marino le lanzó un cabo enrollado que fué cogido casualmente por el interpelado, en medio de la oscuridad. Esto acontecia á prima noche, sin otra luz que las cerillas que de vez en cuando encendia el cabo Bas.

Ya tenemos atado el banco de la cama y el extremo del cabo sugeto por Bas, que les esperaba para recibirlos.

—Ya se pueden ustedes arriar sin miedo, dice este.

—Pero y mi yegua, contesta el otro.

—Hombre déjese V. de yeguas y procure solo salvarse.

—Pues yo no me dejo á mi animal.

El pobre cabo no encontraba medio de reducirlo al descenso. Por fin bajo la oferta de dejar la yegua para lo último, consintieron en bajar, no

sin echar antes un saco con harina; y aquí fué ella. Poner el pié en la barca y pedir el cumplimiento de lo prometido todo fué uno.

Ya no es posible, contestó Bas; se ha roto el cabo; y enseñándose los, emprendió con ellos para Beniajan.

Añade aquel, que no se concibe como pudieran hacer subir al animal por la estrechísima y tortuosa escalera que conducia á la cámara.

Omitimos por la brevedad algunos otros hechos curiosos; pero no podemos prescindir de dar á conocer este, que podemos llamar de rivalidad de abnegacion, digno de ser de todos conocido.

Dos individuos de la guardia civil, de esa institucion benemérita, providencia salvadora en todos los conflictos, se lanzan con agua al pecho á recoger y conducir sobre sus hombros á varias personas que se hallaban sobre otra tumbada barraca; pero llegan á un punto en que ya no les es posible pasar; y quedan allí fuertemente empeñados. El cabo Bas que cruzaba con sus barcas en todas direcciones por aquel mar improvisado se apercibe del peligro y vuela á salvar á los guardias. ¡Momento sublime!

Vamos á salvar aquellos infelices, dicen los guardias, al ser requeridos por el cabo para que entren en su barca. Vénganse ustedes, que nosotros volveremos por ellos. ¿Hay peligro de que perezcan mientras tanto? ¿podrá V. llegar hasta ellos? añaden aquellos. Se lo prometo bajo mi palabra, repuso éste. Solo así consintieron los guardias tomar la barca de su generoso salvador. Este, fiel á su promesa volvía á poco trayendo abordo de la frágil embarcacion á las personas, objetos de tan tiernísima escena.

Innumerables son las que se cuentan salvadas por los arrojados marineros; y á su valor tan heroicamente demostrado, hay que añadir la virtud del sufrimiento. A las ocho de la noche del martes y cuando tras ruda tarea de ocho horas, fatigados y rendidos creian encontrar algún aliento y descanso en el pueblo de Beniajan, obtuvieron por todo socorro dos reales cada uno que les dió el Excmo. Sr. Gobernador de esta plaza D. Manuel Alarcon, con los cuales nada hicieron por hallarse el pueblo completamente desaprovisionado. Una res arrebatada á la corriente de las aguas, fué destrozada instantáneamente y vendida á los soldados á dos reales libra. Los marineros se alojaron por donde pudieron. El cabo Bas, cansado de andar de un lado para otro tras del alcalde en busca de albergue donde pasar la noche, se resignó á esperar el día, sentado en la puerta de la Iglesia. Su buena suerte hizo que un